

Ac Esp II-177 ~~Dada~~  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

# DISCURSO

DE RECEPCION DEL ACADEMICO NUMERARIO

Excmo. Sr. D. LUIS CEBALLOS FERNANDEZ DE CORDOBA

Y

CONTESTACION

DEL

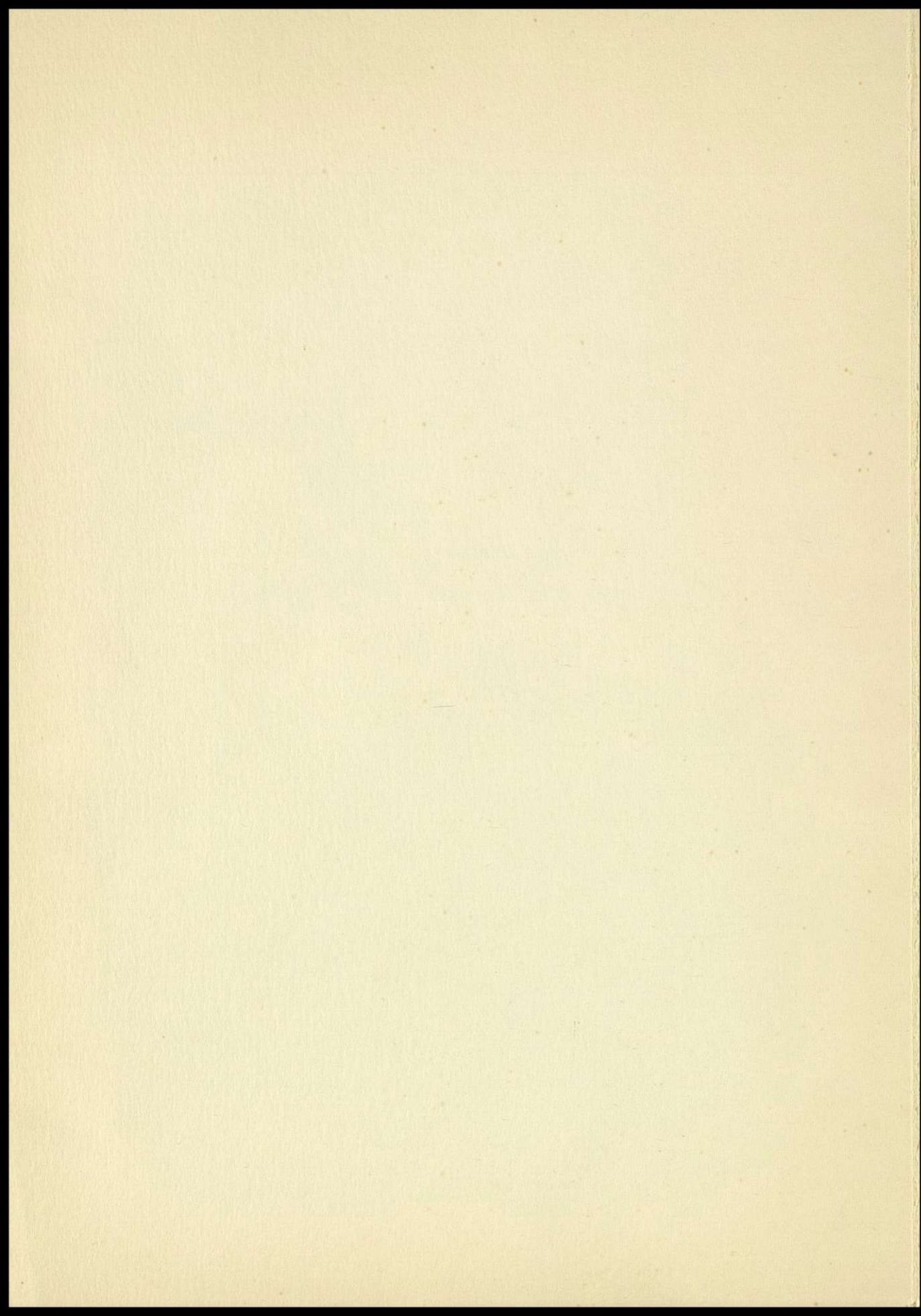
Excmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTON

---

SESION DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1965



M A D R I D  
M C M L X V



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

# DISCURSO

DE RECEPCION DEL ACADEMICO NUMERARIO

Excmo. Sr. D. LUIS CEBALLOS FERNANDEZ DE CORDOBA

Y

CONTESTACION

DEL

Excmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTON

---

SESION DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1965



M A D R I D  
M C M L X V

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DISCURSO

DE RECEPCIÓN DEL ACADEMICO NUMERARIO

Excmo. Sr. D. LUIS CEBALLOS FERNÁNDEZ DE CORDOBA

CONTESTACIÓN

del

Excmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN

SESION DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1965



Depósito legal M. 17.050 - 1965

DIANA, Artes Gráficas. Larra, 12. Madrid.

DISCURSO  
DEL  
EXCMO. SR. D. LUIS CEBALLOS  
FERNANDEZ DE CORDOBA

---

FLORA DEL "QUIJOTE"

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. LUIS CEBALLOS  
FERNANDEZ DE CORDOBA

---

Hecho por "Gutenberg"

SEÑORES ACADÉMICOS:

Aún no acierto a comprender si es sueño o realidad la escena que tengo ante mis ojos y el hecho de encontrarme como figura principal de esta solemne ceremonia, sirviendo de centro a vuestras miradas, mientras vuestra atención está pendiente de las palabras que voy a dirigiros. No voy a explicaros los justos motivos de mi confusión, ni a esforzarme en esos alardes de humildad, que son casi de ritual en estas circunstancias en que yo me encuentro, pues harían dudar, por lo que tienen de rito, de toda la sinceridad de mis palabras.

La parquedad de mis méritos es patente; si mis aficiones botánicas, mi modesta labor profesional y mi entrega a la función docente os han bastado para encumbrarme hasta este puesto, acato vuestra decisión y no he de ocultaros la satisfacción que me produce; pero no silenciaré tampoco lo que me abruma y preocupa pensar en vuestra probable decepción cuando no halléis en mí aquello que esperabais encontrar al escogerme.

Tanto más me agobia el peso de este honor recibido y se aumenta mi turbación al pensar en la eminente figura del sabio lexicógrafo a quien vengo a suceder; mucho mejor que yo sabéis todos vosotros que el vacío que dejó en esta Casa D. Julio Casares es imposible de llenar y quizá mis condiciones las

menos apropiadas para el caso; con veneración y respeto ocuparé su puesto, acatando vuestra designación como un mandato, honrosísimo para mí; si desde él puedo hacer alguna labor útil, desde ahora la ofrendo en homenaje a su memoria.

Por diferencia de actividades y de edad, no tuve la suerte de tratar a D. Julio, con quien toda mi relación no pasó de algunos saludos circunstanciales, en ocasión de solemnidades académicas; pero le conocía y admiraba a través de su obra: mucho he aprendido y me he deleitado con la lectura de algunos de sus libros y escritos, y mucho me he beneficiado al consultar, con utilidad y provecho, su Diccionario ideológico, magna obra, sin duda la más destacada de su producción, que le valió universal renombre y definitiva popularidad, trabajo que realizó con su exclusivo esfuerzo, demostrando hasta dónde llegaba su competencia y su tesón.

Muchos años antes de la publicación de este Diccionario, que supuso su consagración como primera figura de la lexicografía, sus méritos y su dedicación a los estudios lingüísticos ya habían dado motivo a que D. Antonio Maura, al contestar a su discurso de ingreso en esta Casa, le llamase Académico por derecho propio, porque unido a su saber, del que acababa de dar lucida muestra, le considera entregado de por vida al cultivo profesional de la ciencia del lenguaje. Efectivamente, su entrega no pudo ser más completa y más fructífera, como lo demuestra el admirable conjunto de su posterior labor y su fecunda y ejemplar actuación académica, muy especialmente la desarrollada al frente de la Secretaría, que rigió durante veintiocho años.

En estos años, aparte de llevar a colmo su ya citada obra fundamental, dirigió la publicación de tres ediciones del *Diccionario vulgar*, fue casi exclusivo artífice de la del *Diccionario manual*, tuvo a su cargo la de las *Nuevas normas de prosodia y ortografía* y dirigió, por encargo de la Academia, el Seminario de Lexicografía, creado para llevar a cabo el proyecto, por el propio Casares concebido, de un Diccionario histórico de la Lengua Española, cuyo plan dejó magistralmente trazado en su luminosa obra *Introducción a la lexicografía moderna*. A estos trabajos vinculó lo mejor y más constante de su lúcido esfuerzo durante la última etapa de su vida, logrando ver en



marcha la publicación, pues ya habían aparecido cinco fascículos en la fecha de su fallecimiento.

En estas sus últimas tareas quedaron bien patentes, junto a su valer, su maestría en la organización de los trabajos y su acierto en la coordinación de sus bien elegidos colaboradores, entre los que, afortunadamente, contamos en esta Casa con figuras ya insignes, que pueden garantizar la continuidad de la obra y amenguar ese vacío que tanto lamentamos.

Si D. Julio llegó en el campo de la lingüística y lexicografía a la talla gigantesca que ahora ponderamos, hay que atribuirlo principalmente a la feliz coincidencia de una decidida vocación, que tardó en manifestarse, con unas maravillosas condiciones personales; pero hay que reconocer que sólo éstas le hubieran bastado para destacar en cualquier otra actividad de su privilegiado intelecto; así nos lo demuestran los éxitos que consiguió en la música, en la crítica literaria, en sus funciones administrativas y en su actuación como delegado español en la Sociedad de las Naciones, e incluso en sus inopinados escarceos por los campos de la artesanía y de la ciencia: conocía y practicaba la ebanistería y tenía inventado un sistema de pararrayos de gran eficacia.

Clarividencia, curiosidad e inquietudes por todo, en unión de una fuerte voluntad, constancia y amor al trabajo, tienen que dar valiosos frutos en cualquier actividad a la que se apliquen; tales frutos serán óptimos y abundantes si aquellas cualidades coinciden, como en este caso, con una verdadera afición y devoción por el tema al que fueron dedicadas.

Réstame, para completar este resumido elogio, aludir a las dotes humanas que tanto destacaron la personalidad de D. Julio, motivando la admiración y alta estima de cuantos le conocieron: su temple y abierta condición, su bondad, desinterés, cordialidad y ameno trato, a veces chispeante, revelaban una grandeza de alma, unida a un ingenio privilegiado, que hacían doblemente atrayente su persona.

Ya Dios habrá premiado todos los merecimientos acumulados a lo largo de una vida tan llena y tan ejemplar, vida que deja entre nosotros clara estela, iluminando la senda a seguir por los que se afanen en el engrandecimiento de la patria.

\* \* \*

Muchas han sido mis dudas y perplejidades antes de decirme sobre el tema a desarrollar en este discurso, pues me parecía impropio y abusivo el encerrarme en los asuntos botánicos y forestales, en los que podría moverme con cierta soltura, por ser motivo normal de mis actividades; pero tampoco podía prescindir de ellos, aventurándome por mundos y ambientes ignotos para mi, en experiencias temerarias e impropias de esta ocasión solemne. Precisaba, pues, de un tema que permitiera engarzar la Botánica y la Literatura, la flora con el léxico. Entre los muchos asuntos que el campo de estas relaciones ofrecía, pensé sería interesante analizar, como botánico, la corrección o el desenfado con que los literatos hacen en sus obras las citas de plantas o las alusiones al mundo vegetal, acordándome a tal efecto de algunos casos concretos, llamativos en uno y otro sentido; pero me asusté de la amplitud y complejidad del tema y decidí concentrarle en el estudio particular, sobre el asunto, de una obra importante de nuestra literatura, pareciéndome ya obligada la elección del Quijote, por ser la más importante de todas las nuestras y una de las obras cumbre de la literatura universal.

Voy a ocuparme, pues, de las plantas o elementos vegetales citados por Cervantes en su inmortal obra, a cuyo efecto he sacado una relación de todas esas citas, procurando identificar en cada caso la especie botánica a que, en mi concepto, corresponden; relación que constituye en su conjunto la que pudiéramos llamar FLORA DEL QUIJOTE, que, como apéndice de este trabajo, va incluida al final del mismo, haciéndose indicación de los capítulos de la obra en que las citas pueden encontrarse. Tal inventario me ha servido de base, como es lógico, para las consideraciones y comentarios que después voy a dedicar al asunto.

No conozco trabajos anteriores que se refieran a esta cuestión, ni creo exista alguno que haya tomado el tema como motivo fundamental, pero es muy probable que en la profusa bibliografía cervantina no falten publicaciones en las que se le haya tocado de un modo más o menos accidental. No pretendo yo en esta ocasión recabar ninguna prioridad, sino simplemente hacer sencilla exposición de las impresiones y comentarios que en el aspecto botánico y forestal le han producido o sugerido a un

Ingeniero de Montes las repetidas lecturas de esta joya de nuestra literatura.

Señalaré en primer lugar cierta despreocupación o falta de interés en el conjunto de la obra, en cuanto a dar detalles sobre la vegetación de las comarcas que sus héroes van recorriendo; la visión del paisaje por Cervantes suele tener más de literaria que de realismo descriptivo; a pesar de sus alusiones a encinas, alcornoques y matorrales de jaras o romeros, gusta más de hablarnos de prados floridos, selvas espesas o gargantas umbrosas, extendiéndose a veces en descripciones poéticas que no tienen por escenario ningún paisaje determinado.

Es de advertir, además, que la mayoría de las alusiones botánicas que he encontrado en el Quijote son ajenas a la vegetación y al paisaje; quizá no lleguen al 25 por 100 las citas de plantas que se hacen con referencia concreta a la flora local; en general, son menciones de alimentos, cultivos, útiles, aromas, medicamentos, etc., sin relación con el paisaje; nombres de plantas utilizadas como simbolismos o en sentido figurado, a veces formando parte de los dichos y refranes, tan prodigados en esta obra; a todo ello dedicaré mis comentarios botánicos, aunque lógicamente deba prestar primordial atención a las plantas que se citan como vistas vivas en los campos y en los montes que van siendo escenarios de la obra.

Aunque no sepamos juzgar del interés o indiferencia que Cervantes pudiera sentir por las cosas del mundo vegetal, parece indicado, para la consideración de este asunto, detenernos un momento recordando el estado en que se hallaba la Botánica en aquellas fechas de finales del siglo XVI, lo que podrá orientarnos un tanto sobre los conocimientos que a tal respecto poseyeran los que, a la sazón, formaron su cultura con los estudios de humanidades, que Cervantes efectuó en Sevilla y en Madrid, en los años 1564-1568.

Dos característicos aspectos nos ofrece el estado de la ciencia Botánica en España durante el siglo XVI: por un lado, preocupaba, igual que en el extranjero, la interpretación de los antiguos textos, griegos y romanos; por otro, se acometía con acuciente interés la exploración y el estudio de la vegetación, que tan portentosa se mostraba en las lejanas regiones de América,



recién descubierta (1) (\*). En el primer aspecto se distinguieron, además del célebre Lebrija, los médicos naturalistas Juan Jarava y Andrés Laguna, especialmente este último, segoviano y catedrático en Alcalá, que publicó en 1555, en Amberes, su *Dioscórides traducido e ilustrado*, que, aparte de sus interesantes anotaciones, sirvió para generalizar en España los conocimientos botánicos de la época.

La Botánica distaba mucho todavía de ser la ciencia sistematizada que fue después, a partir de los tiempos de Linneo; su estudio era acometido por médicos y boticarios, orientados, como era tradicional, hacia el conocimiento de las virtudes medicinales de las plantas. Varias alusiones hay en el Quijote a tales virtudes: no olvidemos el *ruibarbo*, que indicaba el Cura, para purgar la demasiada cólera de Don Belianís, ni el bálsamo de Fierabrás, ni el de romero, aceite, vino y sal, que Don Quijote confeccionó y se administró en la Venta. Por otra parte, en el Cap. XVIII, cuando le faltan las alforjas a Sancho e indica éste a su amo el recurso de las hierbas, dice Don Quijote: "tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna", que pone en evidencia lo documentado que estaba Cervantes sobre los méritos de la citada publicación.

En el otro aspecto de la ciencia Botánica, ya mencionado, es raro que en Cervantes no encontremos cita ni alusión alguna a vegetales venidos de América, algunos de los cuales se hallaban ya muy difundidos en la época en que se publicó el Quijote. En 1535 se habían publicado ya, en Sevilla, diecinueve libros de la "Historia Natural y General de las Indias", de Gonzalo Fernández de Oviedo; también en Sevilla, en los años que estuvo Cervantes estudiando humanidades con los jesuitas, se hallaba abierto el Museo, que montó Nicolás Monardes, con "las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales", estando hecha su publicación sobre *Historia Medicinal* de las mismas. Francisco Hernández y Juan Fragoso, médicos de Felipe II y contemporáneos de Cervantes, se habían ocupado tam-

---

(\*) Los números entre paréntesis corresponden en la Nota Bibliográfica a las obras o trabajos de donde se han tomado datos o ideas, en relación con los temas tratados en el texto.

bién del asunto de las plantas americanas, como anteriormente habían hecho juntos la exploración botánica de algunas regiones andaluzas. Entre 1574 y 1587 se realizó toda la obra del célebre jesuíta José Acosta, por Méjico y Perú, cuya "Historia Natural de Indias" se publicó en 1590.

Nada tiene de extraño que Cervantes permaneciera ajeno a todas esas exploraciones y publicaciones botánicas; lo que resulta ya algo más raro es que, con independendencia de toda ciencia, no lleguen a traslucirse en sus libros, especialmente en el Quijote, ningunas noticias sobre esas cosas, plantas y alimentos, que llegaban de América, que el vulgo, de modo especial por Andalucía, empezaba ya a conocer, con la natural ilusión y extrañeza. Hay constancia de que las semillas del maíz y del pimiento fueron, entre otras, de las importadas por el propio Colón, en el regreso de su primer viaje, y de que Andalucía recibió las primicias; el cultivo del maíz no debió ser por allí muy próspero, como luego sabemos lo fue por Portugal y Vascongadas, a partir de 1530; en cambio, del pimiento, *ají* o *chile* de los americanos, está perfectamente probado que se cultivaba y consumía en Andalucía desde principios del siglo XVI, donde tuvo franca aceptación y formó, desde luego, *cocina nueva*, entrando en infinidad de guisos y condimentos (2). No ocurrió lo mismo con la patata y el tomate, importados algo después, cuya difusión fue mucho más tardía, a causa de supuestas propiedades venenosas.

Respecto del pimiento y del pimentón, que de él se obtiene, anotaré, como inciso, que su combinación con la carne de cerdo, animal que introdujimos nosotros en América, dio lugar a la *chacina*, alimento que tuvo bien pronto gran aceptación, tanto en América como en España; de donde, los chorizos pueden considerarse como simbolismo gastronómico de las primeras relaciones hispano-americanas.

Casi podría asegurarse que Cervantes conoció y comió el pimiento, aunque en sus obras no haga de él mención alguna. Poco más tarde, Murillo, en su cuadro "La cocina de los ángeles" (actualmente en el Louvre), representa a éstos preparando el yantar de un convento, apareciendo sobre una mesa una cesta de pimientos de un rojo alegre; esto demuestra hasta qué punto

era conocido este fruto en el siglo xvii en la cocina castiza andaluza.

Por otra parte, en el mundo literario de la época de Cervantes ya había múltiples alusiones a las cosas que venían de América; algo anterior a él, Cristóbal de Castillejo había publicado una larga composición, en su desenfadado estilo, dedicada a la ponderación del árbol llamado Guayaco de las Antillas (*Guaicum officinale*), con cuyas hojas se estaba curando él de cierta enfermedad.

Dejemos ya esta digresión y volvamos a las plantas de que se habla en el Quijote, fijándonos primero en los árboles, matas y hierbas que se citan como vistos sobre los terrenos recorridos por los protagonistas de la obra; es decir, elementos de la vegetación natural que, a la sazón, existía en tales comarcas. Para enjuiciar y comentar con acierto tales citas, me parece de indudable interés hacer unas previas consideraciones sobre lo que era el paisaje vegetal de las aludidas comarcas españolas en aquellos años del siglo xvi, en que ocurre el desarrollo de la obra.

Sabemos, y no es este el lugar ni la ocasión de razonarlo, que la vegetación original del interior de España fue, fundamentalmente, el bosque esclerófilo, caracterizado por los *Quercus* de hoja persistente o marcescente: encina, alcornoque, quejigo y rebollo; pudiendo considerarse al primero de estos árboles, *Q. ilex*, como el más clásico y difundido por éste y los demás sectores de la región Mediterránea; en la encina nos fijaríamos si pretendiéramos simbolizar en una especie el bosque mediterráneo, aun sabiendo que también intervienen en él otras varias formaciones arbóreas, como son, en este caso de nuestras regiones interiores: los pinares, propios de las zonas de suelo pobre o de la parte alta de las sierras; las esporádicas manifestaciones del bosque caducifolio (robles, hayas y castaños), señalando los enclaves del clima euro-atlántico, en las umbrías y valles de las montañas, y las formaciones ripícolas de álamos, sauces, fresnos, etc., concretamente localizadas en las zonas húmedas de sotos y riberas.

Los bosques de estas especies, en su forma de óptimo o *climax*, debieron cubrir con apreciable continuidad nuestro suelo hasta los tiempos subsiguientes a la aparición del hombre,

con la que se inició el proceso destructivo, que supuso, a la par que un maravilloso progreso en los cultivos y en la ganadería, un rápido empobrecimiento del dominio forestal, llegándose a la desertización de grandes superficies. A las roturaciones y al pastoreo, principalmente a este último, hay que achacar la ruina de nuestra antigua y natural cubierta arbórea; ciertamente que las guerras e invasiones contribuyeron a agravar mucho el problema, pero no podemos considerarlas como causas fundamentales; la destrucción de los bosques y las consecuencias de la erosión estaban ya consumadas en muchas zonas, antes de tales acontecimientos bélicos, a causa de las actividades pastoriles de los primitivos pueblos.

No es lícito atribuir la aridez de algunas comarcas nuestras, y de otras mediterráneas, al atraso y la incultura, cuando son razones geográficas y ecológicas las que la motivaron; el país Mediterráneo, cuna de la más alta civilización, se halla estigmatizado por la sequía estival; nuestro ponderado cielo azul será muy bello, pero constituye nuestro azote, y bajo su luminosidad cegadora la vegetación se reseca y se calcina. A las fundamentales razones climáticas se juntaron luego otras económicas y sociales que obligaron a fomentar las actividades pastoriles de nuestros antecesores.

En los tiempos de Cervantes estábamos en España en el pleno predominio de la Mesta; desde los Reyes Católicos, y durante todo el reinado de Carlos V, la política económica de la nación estaba encauzada hacia la protección de la ganadería, quedando la agricultura supeditada a ella por completo, y prácticamente olvidada o menospreciada la riqueza forestal, de la que se acordaban para sacar las maderas, precisas para las armadas navales y construcción de la flota que traía los tesoros de América. Al comienzo del xvi el comercio de la lana había llegado a su apogeo y pasaban de tres millones y medio las merinas que se aprovechaban de los generosos privilegios concedidos por la Monarquía, entre los que figuraban la famosa Ley de Posesión, la que más favoreció a la ganadería, en detrimento de la agricultura y de los montes, pues permitía tomar posesión permanente de un campo, si los rebaños lo ocupaban, sin que se enterase su dueño, durante una temporada de dos



meses; esta fue la base de las apropiaciones de montes y de la invasión desenfrenada de la propiedad pública (3).

Felipe II siguió en materia agraria las directrices de su padre, confirmando sus órdenes y su orientación; quizá los principios de su reinado resultaran la época de mayor triunfo de la Mesta; más tarde, al arreciar las protestas de los agricultores, vinieron las disposiciones en favor y fomento de los cultivos; las roturaciones, realizadas sin tino, fueron nueva causa de disminución y destrozo de los bosques, y de alteración, por tanto, de nuestra vegetación espontánea.

De todo ese panorama hay un reflejo en la obra de Cervantes que comentamos; el predominio de la ganadería, que hizo de ésta la forma dominante del aprovechamiento del suelo español, queda manifiesto en el Quijote, por la serie de personajes y episodios en que intervienen pastores, cabreros y rebaños; siendo curiosa la decisión final del desengañado caballero, de hacerse pastor: "bien querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados...".

Quizá en la destrucción de los bosques, antes aludida, tuviera también Cervantes una intervención indirecta; pues, sabemos que en 1587 fue encargado de cobranza y acopios para las armadas y flotas de Indias, y acaso procurara también el aprovisionamiento de maderas para su construcción. Con motivo de su cargo, recorrió entonces gran parte de España, principalmente Castilla y Andalucía; parece ser que en esta época empezó a trabajar en la que iba a ser su inmortal obra.

Resulta lógico que los paisajes observados por Cervantes en esas correrías, sirvieran después de base para los escenarios en que iban a desarrollarse los episodios de la obra que ya estaba escribiendo; pero dentro de ese ambiente, la fantasía iba a intervenir luego, a veces sin medida, aumentando la espesura de las selvas y la fragosidad de las gargantas, o trasladando de un sitio a otro árboles y plantas que él conocía, haciéndolo, no sin cierta lógica, aunque faltando a la realidad, para dar la pincelada artística; pues, nunca debemos olvidar que se trata de una



obra literaria, en la que su autor maneja muchas veces a su antojo el paisaje y la geografía, para lograr los bellos párrafos y descripciones que se propone y consigue; resultando, por ello, lucubraciones un tanto rebuscadas, estos intentos de poner de acuerdo la geografía y la botánica con lo que es, ante todo, bella expresión de las impresiones de un artista.

Tratemos ahora de recomponer algunos de los paisajes que, a la sazón, observara Cervantes y recorrieran después don Quijote y Sancho, en el transcurso de sus aventuras: En esa región de tierra tersa y alisada de España, que es la Mancha, ya se habían instalado y extendido los cultivos en los tiempos que aquí nos interesan; pudiendo verse, como hoy, algunos olivares y viñedos, matizando las tierras de labor con inacabables surcos; pero, de acuerdo con lo que ya dijimos, predominaban todavía los baldíos, entre los cuales no faltaban extensiones importantes ocupadas por el arbolado, del que aún han llegado hasta nosotros las reliquias; pero, es poco probable que pudieran merecer la calificación de selvas o bosque espeso aquellas manchas, principalmente de encinas y alcornoques, que salpicaban la llanura, donde la vegetación leñosa predominante sería el matorral de jaras, retamas y tomillos, delator de la regresión del bosque, ya iniciada en esas mismas manchas de arbolada, y francamente avanzada en sus contornos sometidos a constante pastoreo.

En Sierra Morena, áspero talud de la meseta castellana a la depresión del Guadalquivir, por su movido relieve y especial ecología, tenían que ser mucho más escasos los cultivos y más intensa la acción de los ganados; nótese que es aquí donde más se nos habla de majadas, pastores y cabreros; no obstante, es mucho más probable que en esta sierra tuviera Cervantes ocasión de encontrar, en sus gargantas y umbrías, algunos enclaves de frescura y humedad con espesuras selváticas e incluso muestras de vegetación mesófila, aunque el conjunto de la región ya estaba entonces caracterizado por el predominio de los matorrales, en los que, sin duda, tenían frecuente intervención las propias especies arbóreas, reducidas, por degradación, a la talla frutescente; pero, en su mayor parte estaban formados por matas de muy diversa filiación y especialmente por las jaras, cuyas formaciones (jarales) son, en los suelos silíceos de la región

Mediterránea, clásicas colonizadoras del bosque incendiado; no dudamos que aquí estaría entonces castigado, sistemáticamente, por las quemas provocadas por los pastores para la regeneración del pasto. A la oscura coloración de esos jarales debe esta sierra el nombre de Morena, que ya tenía entonces.

Una sola vez, pero muy propiamente, se citan los jarales en el Quijote, y es en el corazón de Sierra Morena, cuando relata el cabrero las hazañas del misterioso personaje, que luego resulta ser Cardenio, y le dice a don Quijote, que "se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille". En otros varios pasajes, referentes a esta sierra, se habla de "matas espesas", de "extensas malezas" y de "solitarios y montaraces árboles", lo que viene a corroborar el predominio que ya tenía allí el matorral, como antes se ha indicado.

Fuera de la Mancha y de Sierra Morena resultan más difíciles las alusiones concretas al paisaje vegetal que encontrarán nuestros personajes en su viaje, desde los campos de Montiel hasta el Ebro y luego a Barcelona; pues, ni a la ida ni al regreso se nos dan las necesarias referencias geográficas para poder recomponer los itinerarios seguidos. Se ve que Cervantes se interesaba por colocarnos a sus héroes en los escenarios apropiados, sin preocuparse grandemente de explicarnos por dónde habían llegado ni el tiempo que habían invertido; las anomalías del Quijote en cuanto al tiempo y al espacio (4) han sido ya señaladas por muchos de los comentaristas de la obra.

En relación con las cuestiones botánicas, que aquí nos interesan, algo es ya el saber que nuestros viajeros no pisaron la franja Norte, España húmeda, manteniéndose en todo momento dentro del Dominio floral Mediterráneo, donde correspondió, principalmente, al bosque esclerófilo de *Quercus* representar la forma original de vegetación, de la que se derivaron los paisajes actuales y los de entonces, con sus restos de bosque, matorrales, pastizales y cultivos, que, al ser cruzados por las corrientes de agua, daban motivo a la instalación, en sotos y riberas, de esas alamedas, tan apetitosas para el apacible descanso de los caminantes, que Cervantes escoge como escenario de muchos episodios; por lo demás, hasta las proximidades de Barcelona, nos sigue hablando de encinas y alcornoques, especies titulares del

bosque mediterráneo; por tanto, muy acorde en esto con lo que acabamos de decir.

Aun no pudiendo precisar el itinerario que don Quijote y Sancho siguieron desde el NE. de la provincia de Ciudad Real hasta el Ebro, es casi seguro que, ya fuera por Cuenca, Teruel o Guadalajara, varias jornadas de nuestros viajeros serían por tierra de pinares, pinos rodenos o pinos laricios (allí llamados negrales), según se encaramasen más o menos por aquellos montes, que estas coníferas, de un modo natural, ocupan desde siempre; sin embargo, los pinares no son citados ni una sola vez en el Quijote, nombrándose los pinos tan sólo en una ocasión y en sentido figurado; cuando, después de la paliza que les dieron los yangüeses, dice Sancho: "me santiguaron los hombros con sus pinos (estacas) de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies". Parece interesante anotar aquí que en el Quijote apócrifo, de Avellaneda, se hacen diversas citas de pinares y de pinos, precisamente en esas regiones aludidas, que los protagonistas atraviesan en su viaje de Zaragoza hacia Alcalá.

Es curioso que no sólo de los pinos, sino de todo ese grupo botánico (Gimnospermas), son rarísimas las citas de plantas que se hacen en la obra, pues no se hace alusión alguna a enebros y sabinas, tan frecuentes en los parajes que recorren nuestros héroes, e incluso llamativos y característicos en algunos puntos, como en las proximidades de las lagunas de Ruidera y cueva de Montesinos. De las plantas de este grupo solamente hay mención para el tejo y el ciprés, no haciéndose precisamente con referencia al paisaje, sino aludiendo a los adornos funerarios con que iban coronados los pastores que acudieron al entierro de Grisóstomo, o el gallardo Basilio cuando llega a las bodas de Camacho. El ciprés no es especie espontánea en España, pero desde antiguo se halla introducido y fue muy propagado en la época romana, en la que ya tenía el simbolismo funerario, que aún conserva; el tejo sí es silvestre en nuestros montes, y fácilmente pudieran hallarse ejemplares sueltos en los paisajes de Sierra Morena en que salen a cuento.

Botánicamente, es al grupo de las Angiospermas, en especial a las Amentáceas, al que pertenecen la mayor parte de los árboles citados en el Quijote; en general, las citas resultan ade-

cuadas y correctas, en cuanto a las condiciones del lugar y la ecología de las especies nombradas; pero hay casos de franca discrepancia en este aspecto, en los que parece poco verosímil, cuando no imposible, la presencia del árbol en el lugar en que Cervantes lo coloca; tal ocurre con las hayas, a cuyas citas dedicaré más adelante algunos comentarios.

La encina (*Quercus ilex*) es, con mucho, la especie arbórea a que mayor número de veces se alude en la novela, más de veinte se nombra concretamente el árbol y casi otras tantas se habla de sus frutos, bellotas, que en muchas ocasiones comen nuestros personajes, como postre de sus refrigerios o como principal componente de los mismos; recordemos aquel puñado de *bellotas avellanadas*, que *trujeron* a la memoria de don Quijote la *edad dorada*, inspirándole para aquel discurso de "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos...", en el que, entre otras cosas, dice: "a nadie le era necesario para alcanzar el ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente estaban convidando con su dulce y sazonado fruto", lo que viene a corroborar la hipótesis de una mayor difusión de este árbol en las épocas anteriores a la de ese discurso a los cabreros.

Es muy lógico que a esta especie, a la que por tantos motivos corresponde el título de árbol nacional de España, le corresponda también tal preminencia en esta obra maestra de nuestra literatura, ya que, casi toda ella se desarrolla, según hemos visto, dentro de los que fueron, o eran todavía, dominios naturales del encinar.

La encina es un árbol señor, de los que incluyen los fitosociólogos en las llamadas *especies nobles* o de *estado definitivo*; no obstante, es una especie frugal, con gran plasticidad de temperamento, muy longeva y con una vitalidad a toda prueba; circunstancias las mejores para garantizar su permanencia; muchas localidades españolas en la que hace siglos desapareció el bosque de encinas, aún conservan, ocultos y empequeñecidos, los brotes de sus cepas y raíces, repetidas veces mutilados e incendiados, pero dispuestos a desarrollarse e intentar la reconquista de su dominio en cuanto cesen las causas que ahora se lo impiden.

No dudamos que aún hay vivas muchas encinas de las que

pudo ver Cervantes, y, en todo caso, puede asegurarse que muchas de las chaparras que hoy abundan en Sierra Morena, y son frecuentes en ciertos puntos de la Mancha, proceden de las bellotas o de los brotes repetidos de aquellos árboles que él colocó, porque realmente existían, en los itinerarios que a don Quijote y Sancho hizo recorrer.

Entre las encinas, sentados junto a ellas o encaramados en sus copas, ocurren a los personajes de esta obra muchos de los episodios que ponen de manifiesto la condición y carácter de los mismos: ya en la primera salida, a poco de abandonar la venta el recién armado caballero, oyó salir de la espesura de un bosque que allí estaba, los lamentos del muchacho Andrés, al que estaban azotando atado al tronco de una encina, acudiendo don Quijote a su socorro; de una encina o de un roble piensa nuestro héroe desgajar una rama para sustituir su lanza, imitando a Diego Pérez de Vargas, de sobrenombre Machuca; en el tronco de una desmochada encina se sienta el pastor Antonio para tocar el rabel y entonar su amoroso canto; emboscado en la floresta encinar, junto al Toboso, esperan la noche para que vaya Sancho a entrevistar a Dulcinea; al pie de una robusta encina estaba dormitando don Quijote, cuando surgió la aventura del Caballero del Bosque; en una alta encina se subió Sancho y de ella quedó colgado, cuando huía de un jabalí, en la montería organizada por los Duques; por último, en el camino de Zaragoza a Barcelona, al cabo de seis jornadas, les tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques, que en esto no guarda Cide Hamete la puntualidad que suele.

Después de la encina, es el alcornoque el árbol más veces nombrado en el Quijote, quizá con cierto abuso, aunque todas las citas parecen ser posibles y congruentes con los lugares para los que son hechas, excepto la última, referente a tierras de Aragón, en las proximidades del castillo de los Duques, cuando, al regresar de Barcelona hacia la Mancha, después de ser atropellados por la piara de cerdos, don Quijote se arrima al tronco de un haya o de un alcornoque, pues tampoco aquí distingue Cide Hamete Benengeli el árbol que era; queda, con esto, atenuado el error, ya que la presencia allí de un alcornoque es muy poco probable y la del haya casi imposible.

El alcornoque (*Quercus suber*) es una especie mucho menos

sufrida que la encina en cuanto a fríos y sequía, a la par que mucho más exigente en cuanto a suelos, por su clara intolerancia con la cal; tiene, pues, una difusión mucho menor que aquella; pero, en las zonas de suelos silíceos y altitudes moderadas, en que suelen moverse nuestros personajes, es un árbol frecuente, incluso abundante en determinadas zonas de Sierra Morena, donde, probablemente, lo sería mucho más en los tiempos de Cervantes. De todos modos es curioso ver la facilidad con que aparece un alcornoque para colgar el zaque o las alforjas, atar las caballerías, recostarse al pie de su tronco o subirse a su copa, como lo hace Sancho para ver la lucha de su amo con el Caballero de los Espejos. Parece notarse cierta predilección de Cervantes por este árbol, al que no sabemos por qué razón aplica, con frecuencia, el adjetivo de *valiente*.

Una sola vez se nombra al roble en toda la novela, cita que ya queda recogida aquí en los párrafos dedicados a la encina; probablemente no trata de hacerse referencia a los verdaderos robles (*Q. pedunculata* y *Q. sessiliflora*), especies europeas, de hoja caediza, que sólo abundan por el Norte de España; es al rebollo (*Q. pyrenaica*) o al quejigo (*Q. lusitanica*) al que se alude; ya que es corriente, desde antiguo, en Castilla, Aragón y todo el Sur de España, aplicar el nombre de roble a esas dos especies, de hoja marcescente, que tienen con los robles verdaderos no pocas afinidades. Nuestra toponimia está cuajada de Robledales y Robledos que aluden a los que son o fueron bosques de rebollos o quejigos; un ejemplo bien destacado nos lo ofrece el *Robledo de Corpes*, mencionado en el "Cantar del Mío Cid", en cuya intrincada espesura ultrajaron los infantes de Carrión a sus esposas, doña Elvira y doña Sol, hijas del Campeador; hoy día, tan villana acción no podría contar con el encubrimiento y disimulo que entonces encontró en la densa arboleda; pero sí hemos de señalar que los restos de ese bosque de rebollos y quejigos se han conservado hasta muy dentro de este siglo, pues fue en 1925 cuando la Hacienda pública entregó el monte al Ayuntamiento (5), que acordó una asoladora corta, para labrar aquellos parajes e impedir que pudieran repetirse acciones parecidas a la de los infantes de Carrión.

Mucho más ávidos de sombra y de frescura que los árboles de que hasta ahora nos hemos ocupado, son los castaños,

abundantes en toda la región Cantábrica, en Galicia y en no pocos enclaves húmedos de nuestras sierras interiores; no parece muy propicia la parte de Sierra Morena que recorre nuestro hidalgo para la difusión de este árbol, aunque tenga amplia difusión por el extremo Sur de la misma, en la sierra de Aracena; pero téngase en cuenta que, a partir de la Reconquista, sobre todo durante el reinado de Carlos V se intensificó mucho la introducción del castaño, ampliándose el área natural del mismo por muchas zonas o focos de humedad existentes en las sierras de suelo silíceo, que es el requerido por la especie; muy bien pudiera ser que uno de estos focos coincidiera con el lugar de Sierra Morena en que luego situó Cervantes el episodio de los batanes, que posteriores intérpretes eruditos localizan entre Peña Escrita y Fuencaliente (6).

Sin la menor preocupación por el hecho ecológico, Cervantes lo prepara y expone en forma literaria, de un modo natural y acorde con lo que corresponde a la habitación botánica del castaño:

"No es posible señor mío, sino que estas yerbas den testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedece"... "No hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba"... "Y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido"... "Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura."

Acaso nunca hayan existido castaños en tal lugar; pero no puede negarse el acierto y propiedad con que Cervantes los dejó allí colocados.

Llega el momento de hacer referencia al haya (*Fagus sylvatica*) que aparece citada por siete veces en la obra, sin que ninguna de ellas parezca verosímil a quien conozca el temperamento de este árbol. Aunque el caso sea perfectamente disculpable en una obra literaria, no dejará de ser interesante que le examinemos y comentemos, sin intención alguna de censura para el autor de tales citas, quien jamás pudo suponer que su obra iba a ser un día analizada en este aspecto.

Es el haya un árbol del Norte y Centro de Europa, con grandes exigencias respecto a la humedad de ambiente, que en el límite sur de su área llega hasta nosotros buscando refugio en las umbrías de las montañas, en cotas superiores, casi siempre, al millar de metros; abunda en los Pirineos y en la cordillera Cantábrica; tiene algunos manchones en las zonas más frescas de la Ibérica, presentando sus manifestaciones más meridionales, ya un tanto desfasadas y poco típicas, en algunos puntos de la Cordillera Central (Montejo de la Sierra, Riofrío de Riaza y Cantalojas). No hay noticia de que en España exista el haya por debajo del paralelo 40°.

Las diferencias de ecología y temperamento que este árbol tiene con la encina y el alcornoque, típicos elementos del bosque mediterráneo, hacen que sus contactos sean por demás excepcionales y su convivencia en masa prácticamente imposible; por eso, el botánico queda muy sorprendido cuando, al leer el capítulo XII de la primera parte del Quijote, se entera de que, en plena Sierra Morena, entre encinas y no lejos de la fuente del Alcornoque, se encuentra "un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela". Es muy probable que Cervantes trabara conocimiento con las hayas durante su estancia y recorridos por el Norte de Italia, observando allí la costumbre de los enamorados de grabar sus nombres en la corteza del árbol; más tarde, le pareció muy apropiado matizar con esta nota forestal y romántica el episodio de su obra referente a la pastora Marcela, aunque ocurriese en el Sur de la provincia de Ciudad Real, monte de la Cotofía, no lejos de Horcajo, según la localización que han dado los investigadores sobre el tema (6).

Por la misma razón apuntada, no resulta tampoco admisible la duda de Cide Hamete, de si era haya o alcornoque el árbol al que se arrimó don Quijote después de la aventura de los cerdos.

Tampoco los sotos y alamedas suponen apropiada habitación para una especie de montaña, como es el haya, resultando poco verosímil, por ello, que metidos en una alameda, en las proximidades del Ebro, se acomodase Sancho al pie de una haya, mientras don Quijote lo hacía al pie de un olmo; de igual modo que, poco antes, en igual situación, tuvieran su coloquio, Sancho y Ricote, sentados también al pie de una haya.



Todavía más llamativa y extraña nos parece la presencia de las hayas, a que se hace referencia en los últimos capítulos de la obra. Cuando ya cerca de su pueblo, es decir, en la Mancha, se decide Sancho a comenzar la disciplina para el desencantamiento de Dulcinea, retirándose "hasta veinte pasos de su amo, entre unas hayas" en cuyos troncos descarga los azotes que finge recibir en sus espaldas. Dos jornadas después llegaban a su aldea.

Tratándose de una novela sin la menor pretensión científica ni preocupación geográfica, resulta interesante y entretenido el poder comentar esas imperfecciones geobotánicas, sin que el mérito de la obra padezca lo más mínimo.

Otros árboles que, como componentes del paisaje, se citan con frecuencia en el Quijote, casi siempre a cuenta de los recorridos y descansos por las alamedas, son los sauces, fresnos, álamos y olmos; todos ellos son elementos característicos de la vegetación ripícola, que aparecen, por tanto, localizados en su sitio. Es de advertir, que el concepto de alameda manejado por Cervantes no es el estricto de formación de álamos (*Populus*), sino el más vulgar y extendido de agrupación de árboles frondosos; también señalaremos que, siguiendo lo que es costumbre en muchas partes de Castilla, el nombre vulgar de *álamo* se aplica igualmente a los olmos (*Ulmus campestris*) que a los verdaderos álamos (*Populus alba* = álamo blanco, *Populus nigra* = álamo negro), pues si bien es cierto que en el Quijote se hacen independientemente citas de álamos y olmos, ello no significa una perfecta discriminación de las especies, ya que, a veces, se hace indudable referencia a un olmo, al que antes se ha llamado álamo; así ocurre en el capítulo LI de la primera parte, cuando habla el cabrero de un tal Vicente Roca que vino al pueblo, de ser soldado en las Italias, y se sentaba "en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza y allí nos tenía a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando"; de lo más propia está la escena, pues sabemos cuán tradicional y típico es en los pueblos de Castilla la existencia de un robusto y copudo olmo, en el centro de la plaza o delante de la iglesia, con su base cercada, a veces, por poyos o escalones de piedra; como, por otra parte, no es frecuente que en tales situaciones se planten verdaderos álamos, parece indudable que era un olmo el que aquí llama álamo Cervantes.

No hay otras citas de árboles referentes al paisaje observado por Quijote y Sancho; no son muchas, ciertamente, si tenemos en cuenta que la obra tiene casi todo su desarrollo en pleno campo; pero, aún son más escasas las referencias a los arbustos y las matas que en ese campo encuentran; ya hemos anotado la somera alusión que se hace a los jarales de Sierra Morena; de esa misma sierra se citan, poco después, las retamas, que han de servir de referencia a Sancho para encontrar el sitio donde queda su amo, mientras él va a llevar la carta a Dulcinea, "lo más acertado será para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas, *de las muchas que por aquí hay*, y las vayas poniendo de trecho en trecho, hasta salir al raso". Son diversas las especies botánicas (leguminosas de la tribu *Genistae*) a las que se aplica en España el nombre vulgar de retama; las más conocidas y de mayor difusión son la *retama blanca* (*Retama sphaerocarpa*) y la *retama negra* (*Sarothamnus scoparius*), ambas están representadas en Sierra Morena; pero con mucha más abundancia la segunda, que parece también más adecuada al lugar boscoso en que nuestros personajes se había ocultado. De la misma filiación botánica son las *aliagas*, a las que, de un modo ocasional, se hace alusión al referirse la travesura de unos muchachos que, a la entrada de Barcelona, idean poner debajo de la cola de Rucio y Rocinante, "sendos manojos de aliagas". Son diversas las matas espinosas, de la tribu y familia mencionadas, que reciben el nombre vulgar de aliagas; en este lugar, *Genista scorpius* o *Ulex parviflorus* nos parecen las más propias.

En tres ocasiones se habla del romero y se indica, o se sobrentiende, que es mata abundante en los lugares a que se está haciendo referencia: las dos primeras son en Sierra Morena, a cuenta de la cura de la oreja de don Quijote y del bálsamo, de que ya se hizo mención; la tercera es en Aragón, en ocasión de la montería dada por los Duques; se dice allí, que "atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto..."; no es el mirto especie frecuente en territorio aragonés, por lo que resulta un tanto extraña su cita en este sitio, pensando que, sin tener en cuenta la localidad, trate de referirse a la costumbre de cubrir con matas olorosas las piezas logradas en estas cacerías, para disimular su tufo.

Muy bien ambientada parece la vegetación que se describe para la entrada de la cueva de Montesinos, "llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas que de todo en todo la ciegan y encubren"; muy propias están ahí las higueras salvajes y las zarzas, no tanto las cambroneras, que no suelen intervenir en paisajes agrestes, pues son, más bien, matas de suburbio que se instalan en los lugares muy influenciados por el hombre; quizá éste lo fuera.

Otra cita, un tanto rara, es la que se hace de los nísperos, cuando Sancho, en la venta que encuentran a poco de emprender el camino hacia Barcelona, desde el castillo de los Duques, dice al ventero que el oficio que trae su amo "no permite despensas ni botellerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos hartamos de bellotas y de nísperos", como si los nísperos fueran frutos silvestres abundantes en los campos que ellos recorren. No es nada probable que se haga aquí referencia al llamado *níspero del país* (*Mespilus germanica*) que es muy poco frecuente en España, hallándose silvestre tan sólo en la región de Navarra y Vascongadas; mucho menos debe pensarse en el *níspero del Japón* (*Eriobotrya japonica*), aunque ya fuera conocido y cultivado en aquellas épocas, por nuestras zonas cálidas; nos inclinamos a creer que el nombre de níspero se aplica aquí a alguna especie afín a las citadas, de las que viven espontáneas y abundantes en nuestro suelo, que bien pudiera ser el *espino majuelo* (*Crataegus monogyna*), que tiene frutos comestibles y está muy difundido por nuestros campos; pero tal hipótesis la hacemos sin tener noticia de que el nombre de níspero se haya aplicado nunca a esta planta.

También de un modo incidental se hace cita de otra especie, perteneciente a la misma subfamilia botánica que la anterior (*Rosáceas Pomoideas*), cuando el Caballero del Bosque dice que "no tiene el estómago hecho a tagarninas ni a piruétanos"; el peral silvestre (*Pyrus communis*) es frecuente en muchos de los sitios recorridos por don Quijote, e incluso tiene una variedad (*mariana*) propia de Sierra Morena; las *tagarninas*, también llamadas *cardillos*, son los nervios medios de las hojas basales de un cardo (*Scolymus hispanicus*), de la familia Compuestas, abundantísimo en España, tradicionalmente usadas como verdura del cocido.

Otras muchas plantas y frutos tienen frecuentes menciones en esta obra, con referencias a la comida (ajos, cebollas, garbanzos, zanahorias, nabos, algarrobas, aceitunas, uvas, nueces, avellanas, etc.), sin que tales citas nos sugieran ningún comentario especial.

Como plantas de cultivo se hacen numerosas referencias al trigo y la cebada, alguna a los garbanzos; se alude indirectamente al olivar, en la frase "Hogaño no hay aceitunas", de la carta de Teresa Panza a su marido; y se cita por dos veces el lino: Sancho imagina a Dulcinea rastrillando lino cuando los vencidos por su amo lleguen a hincarse de rodillas ante ella, y también está rastrillando una libra de lino Teresa Panza, cuando Sancho requiere a Maese Pedro para que le averigüe lo que hace en aquel momento su mujer; parece, por esto, que el cultivo del lino era corriente entonces por los pueblos de la Mancha, como si cada labrador cosechara el preciso para las necesidades de hilaturas de su casa. Los cultivos de lino datan de remotísimos tiempos; simientes de lino y tejidos de sus fibras han sido encontrados en habitaciones prehistóricas; la planta (*Linum usitatissimum*) no se conoce en estado silvestre; en España debió cultivarse mucho, sobre todo en Aragón; pero, ya en la época de Cervantes había empezado a decaer este cultivo, que hoy es francamente reducido.

La mayor profusión de alusiones a vegetales se hacen en el Quijote con motivos ornamentales, principalmente a cuenta del atuendo de los personajes. Varias plantas (hiedra, madreselva, tejo, adelfa, etc.), que muy bien pudieran haberse citado con referencia al paisaje, en el que están presentes, lo son con motivo de adornos en la vestimenta y de un modo especial como componentes de esas guirnaldas, a que tan aficionado parece Cervantes, para coronar las cabezas de los personajes que intervienen en fiestas y ceremonias: son de tejo, ciprés y de amarga adelfa las que llevan los pastores en ocasión del entierro de Grisóstomo; de jazmines, rosas, amaranto y madreselva las que portan las rubias doncellas que danzan en las bodas de Camacho; de verde laurel y rojo amaranto son las que adornan a aquellas hermosísimas pastoras que surgen ante don Quijote, cuando está metido entre las redes que cruzan los árboles de la selva, por la que se han internado, al abandonar el castillo de los Duques.

"Con hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas" cubrían sus cuerpos las hermosas zagalas de que habla don Quijote, en su discurso a los cabreros; también de verde yedra iban vestidos los cuatro salvajes que transportaban a Clavileño. Como vemos, la indumentaria vegetal contribuye con muy importante aportación a la Flora del Quijote.

Otras muchas plantas son nombradas en sentido figurado: con laureles y palmas se simbolizan los méritos y victorias; se utiliza la mostaza para ponderar la pequeñez; se nombra el esparto para significar sequedad y aspereza; se califica a Dulcinea de "rosa entre espinas" y "lirio del campo", y se compara con una berengena la nariz prominente y amoratada, con que se enmascara Tomé Cecial, al fingirse escudero del Caballero del Bosque.

Muchas de esas frases que se prodigan en el Quijote, aludiendo a los vegetales en sentido figurado, continúan siendo hoy de uso corriente entre nosotros: "más sano que una manzana", "abrirse como una granada", "blando como una breva", etcétera; otras no resultan tan comprensibles en la actualidad, como al decir Sancho que su rucio pasó "tártagos y sustos de muerte", al golpearle el Diabolo de la carreta; con la palabra *tártagos* se alude a las angustias que pasaban los que se purgaban con esta planta (*Euphorbia lathyris*), cuyas simientes, con el doble efecto de vomitivo y purgante violento, eran medicamento que estaba en pleno auge en el siglo XVI (7).

Otro caso es el de la planta llamada *bledo* (*Blitum vulgare*), a la que, desde antiguo, se ha dado significación de cosa despreciable e inútil: "Regostóse la vieja a los bledos...", dice Sancho encoraginado, con referencia a Altisidora; ciertamente que, aún hoy, es corriente el dicho vulgar "me importa un bledo", cuando quiere indicarse que la cosa le tiene a uno sin cuidado; pero será muy raro que se diga a sabiendas de que el bledo es una planta inútil que vive en los suelos esteparios y eriales salitrosos. También, con la misma significación, se utiliza el higo: en boca de Sancho, se encuentra en el Quijote la frase "no se me dan un higo que digan de mi todo lo que quisieren"; pero yo creo que el bledo es aun menos importante que el fruto de la higuera.

En un par de ocasiones utiliza Cervantes en su obra la frase "hecho alheña", en el mismo sentido que el vulgo de hoy dice



“hecho polvo”; por lo visto, el nombre *alheña*, de la planta que ahora llamamos *aligustre* (*Ligustrum vulgare*) se consideraba entonces como sinónimo de polvo, pues los frutos, muy ricos en materia colorante, de tono amarotado oscuro, se desecaban y molían, reduciéndolos a polvo finísimo, que era la *alhenna* de los árabes, con la que se teñían los tatuajes y se sombreaban sus ojos las mujeres; la alheña continuaba teniendo este uso en los tiempos cervantinos.

El dicho vulgar “pedir peras al olmo”, significando pedir un imposible, se utiliza también en el Quijote; pero, con mucha más frecuencia se emplea, en el mismo sentido, la frase de “pedir cotufas en el golfo”, cuyo origen desconozco, ignorando a qué golfo se hace referencia; en cuanto a las cotufas, debemos identificarlas con las chufas (*Cyperus esculentus*), a las que se aplica tal nombre en Andalucía y otras partes de España. En el Diccionario de esta Academia he visto que cotufa se hace sinónimo de *aguaturma* (*Helianthus tuberosus*), que es una Compuesta, afín al girasol, que posee tubérculos comestibles; esta planta tiene también los nombres de *pataca* y *tupinambo*, y no debe ser la cotufa citada por Cervantes; de ser así tendríamos ya en esta obra una referencia a la flora americana, pues se trata de una especie del Canadá, no divulgada en Europa en aquellos tiempos, mientras que las chufas, de oriental origen, habían sido introducidas y puestas en cultivo por los moros en Valencia, donde la especie ha llegado a asilvestrarse; parece que tanto el tubérculo como la horchata que con él se fabrica, eran golosinas ya conocidas al terminar el siglo xvi.

Pocas serán las plantas citadas en el Quijote que no lleven ya aquí su alusión o comentario, siendo mi pretensión que no falte ninguna en el repertorio, que se incluye como apéndice de este discurso; en él podréis hallar lo poco que resta para completar este tema, con el que no quiero abusar más de vuestra atención.

\* \* \*

No era difícil para mí, puesto que libremente he escogido el tema de mi discurso, mantenerme en contacto con la Botánica en mi primera actuación oficial en esta Academia; pero, lógi-

camente, en la labor que aquí me espera, esos contactos han de ser más esporádicos y no escogidos, pues he de trabajar sobre el léxico en general, aunque mis aportaciones se refieran especialmente a lo que concierne a la Ciencia Natural, en la que, sólo en pequeña parte, puedo considerarme con cierta libertad de movimientos.

Se trata, pues, de una ocupación de tipo muy nuevo para mí, y al verme ante ella no puedo prescindir de mi condición de naturalista biólogo que me lleva a considerar al lenguaje, ante todo, como una cosa viva que, como tal, tiene que estar sujeta a las leyes de la biología: Todo ser vivo nace, tiene un proceso de desarrollo, más o menos largo, llega a la completa perfección en el estado adulto, declina y muere; claro está que el lenguaje no es precisamente un ser individual, sino una entidad viva, como la familia, como una raza, que no desaparece fácilmente, ni se pierde para siempre dejando un vacío; pero, no por ello deja, como tal entidad viva, de estar sujeto a la ley mencionada.

El castellano nació, mezclado todavía con el latín, se desprendió de las envolturas maternas, y en una cierta época, variable en las comarcas y variable también con arreglo al criterio de los especialistas, adquirió la mayoría de edad y plenitud de su vigor; que empezó a declinar hace dos o tres siglos es cosa que no puede negarse, declinar o transformarse; pero, no cabe duda que el castellano que hoy se habla y se escribe, no es aquel que hemos supuesto perfecto, sea el que sea; sin duda, se ha enriquecido en vocablos, pero a la par ha perdido en pureza, adquiriendo un sonido, una cadencia, o como esto se califique por los técnicos, muy diferente de como *sonaba* antes un castizo trozo de nuestra literatura del XVI o XVII.

¿Queda compensada, con el enriquecimiento, esa inevitable adulteración del clasicismo de nuestro léxico? No es fácil dar contestación a esta pregunta; pero, es indudable que el procurar esa compensación forma parte fundamental de nuestra misión en esta Casa. Así como entra en la misión mía, como forestal, la de analizar y decidir si tal especie, antes desconocida o escasa en nuestros montes, es útil o perjudicial, digna de protección o merecedora de exterminio; así corresponde decidir aquí sobre el destino de las palabras que van matizando extrañamente nuestra lengua vernácula; pero, tanto en uno como en otro caso,



sin olvidar nunca que la uniformidad y la belleza, del bosque o del idioma, están fatalmente sujetas a esa evolución inherente al correr de los tiempos e impuesta a todas las cosas vivas, afectando, por ello, a la vida misma en todos sus aspectos; lo que da lugar a que hoy pueda ser conveniente y hasta imprescindible el aceptar tal o cual término o expresión en nuestro lenguaje, tal o cual árbol o vegetal en nuestros montes o campos, para llenar, en uno y otro caso, una necesidad que antes no se sentía y que hoy es perentorio atender, nos guste o no nos guste.

Como forestales, nos duele el tener que ir olvidando aquellos bosques venerables de nuestras especies tradicionales; no hay que pensar ya en hayedos y robledales; los nobles árboles de maderas duras y de crecimiento lentos de aquellas selvas que enseñoreaban nuestras sierras, se han hecho anacrónicos, como se hicieron los señores feudales con castillos y extensas posesiones. Del mismo modo que lo que fue palacio del Duque es ocupado hoy por naves fabriles o bloques de viviendas, el que fue señorial dominio de las hayas o de los robles, con arroyos rumbrosos y claros de césped matizados con florecillas, se está convirtiendo hoy en dilatadas masas uniformes de árboles exóticos, que crecen más de prisa y dan mayores rendimientos, resultando, por ello, mucho más conveniente a la economía del país; siendo así, debemos alegrarnos, aunque no nos guste, de la invasión desahorada que los eucaliptos y los pinos insignes están realizando en nuestro suelo.

Análogamente, en nuestro idioma se hace necesaria la introducción de nuevos vocablos, para atender las múltiples manifestaciones del progreso y los inusitados avances de la ciencia en el momento actual, y aunque nos duela, debemos alegrarnos del hecho. Ahora bien, si con los árboles es preciso procurar el acuerdo de sus temperamentos con la ecología y condiciones de nuestros montes, del mismo modo con los vocablos que se introduzcan, habrá que procurar el mayor acuerdo posible con la estructura y características tradicionales de nuestra lengua.

Indudablemente esa es una de las funciones que competen a esta Entidad, a la que hoy viene a incorporarse este modesto forestal botánico, que procurará suplir con la ilusión y la constancia la deficiencia de sus dotes para cumplir, con vosotros, la misión que nos señala el lema de esta Casa.

He dicho.



### NOTA BIBLIOGRAFICA

- (1) Miguel Colmeiro: *Ensayo histórico sobre los progresos de la Botánica en España*. Barcelona, 1842.
- (2) Mariano de Cárcer: *Apuntes para la Historia de la Transcultura-  
ción Indoespañola*. México, 1953.
- (3) Octavio Elorrieta: *Las tierras incultas y los montes en la política  
económica de España*. Madrid, 1948.
- (4) Edgar R. Agostini: *Breve estudio del tiempo y del espacio en el  
Quijote*. Ciudad Real, 1958.
- (5) Antonio Lleó: *Las realidades, las posibilidades y las necesidades fo-  
restales de España*. Madrid, 1929.
- (6) Edgar Agostini y Ramón Gallego: *Itinerarios y paisajes cervanti-  
nos*. Ciudad Real, 1936.
- (7) Pío Font Quer: *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Bar-  
celona, 1962.

... y el desarrollo de la actividad económica y social de la zona, así como la mejora de las condiciones de vida de la población...

... y el desarrollo de la actividad económica y social de la zona, así como la mejora de las condiciones de vida de la población...

... y el desarrollo de la actividad económica y social de la zona, así como la mejora de las condiciones de vida de la población...

... y el desarrollo de la actividad económica y social de la zona, así como la mejora de las condiciones de vida de la población...

## APENDICE

REPERTORIO DE LAS CITAS DE VEGETALES  
QUE SE HACEN EN LA OBRA

«EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

## NOTAS

- Se resaltan en negritas los nombres de las plantas citadas con referencia al paisaje recorrido por los personajes.
- Se indica ( ) el número de veces que la palabra aparece en la obra.
- Se escriben en números romanos los capítulos correspondientes a la primera parte de la obra, y con la numeración arábica corriente los de la segunda parte.
- Para cada vocablo se reproduce una de las frases de la obra en que aparece mencionado.

- abrojos* (1).—Cap. 36. “menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos”.  
Se aplica este nombre a diversas plantas espinosas, especialmente a *Tribulus terrestris* (Zigofiláceas).
- acebo* (1).—Cap. XIII. “tenía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano”.  
*Ilex aquifolium* (Aquifoliáceas).
- aceitunas* (2).—Caps. 52-54. “Hogaño no hay aceitunas”. “No faltaron aceitunas aunque secas y sin adobo”.  
Frutos de *Olea europaea* (Oleáceas).
- adelfa* (1).—Cap. XIII. “quirnaldas de ciprés y de amarga adelfa”.  
*Nerium oleander* (Apocináceas).
- agallas alcornoqueñas* (1).—Cap. 10. “haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas”.  
Excrescencias (zoocecidias) producidas en el alcornoque y otros *Quercus* por un insecto Cinípido.
- ajos* (4).—Caps. 10-35-43-50. “no comas ajos ni cebollas porque no saquen por el olor tu villanía”.  
Bulbo del *Allium sativum* (Liliáceas).
- alameda* (5).—Caps. 28-29-54. “se fueron a emboscar en una alameda”.  
Formación de álamos (*Populus*); por extensión se aplica este nombre a las agrupaciones de árboles frondosos, de diversas especies, propias de sotos y riberas.
- álamo* (2).—Caps. LI-29. “las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo o sauce que allí estaba”.  
El nombre de álamo se aplica a las especies del gen. *Populus* (Salicáceas) *P. alba* = álamo blanco, *P. nigra* = álamo negro; en Castilla se llama también álamo al *Ulmus campestris* (Ulmáceas); a tal especie se refiere la cita del Cap. LI.
- alcacel* (1).—Cap. 73. “Pues en verdad que está ya duro el alcacel para zampoñas”.  
Se denomina así la cebada, *Hordeum vulgare*, antes de madurar la

espiga. Con las cañas de la cebada verde hacen los campesinos unos pitos o gaitas (zampoñas) que, con la caña seca, ya no suenan.

**algalia** (1).—Cap. IV. “no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia”.

*Hibiscus abelmoschus* (Malváceas). Planta de la India y Egipto, cuya semilla de olor almizclado se emplea en perfumería y medicina.

**alcornoque** (13).—Caps. XI-XII-XXIII-XLI-12-14-60-67-68. “le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque”.

*Quercus suber* (Fagáceas).

**algarrobas** (1).—Cap. 13. “traigo en mis alforjas un poco de queso... al que hacen compañía cuatro docenas de algarrobas”.

Legumbres con pulpa azucarada, frutos de *Ceratonia siliqua* (Leguminosa Cesalpinoidea); también pudiera hacer referencia a las semillas de *Ervum monanthos* (Leguminosa Papilionoidea); pero parece más probable lo primero.

**algodón** (5).—Caps. 14-35-36-58. “mis carnes tienen más de algodón que de esparto”.

Las plantas del gen. *Gossypium* (Malváceas) tienen sus semillas recubiertas por abundantes fibras, finísimas, que constituyen el algodón, parte utilizada de la planta. Todas las citas se hacen en sentido figurado.

**alhelí** (2).—Caps. 41-67. “y me entretuve con las estrellas, que son como unos alhelies”.

*Cheirantus cheiri* (Crucifera). Una cita es en sentido figurado, la otra hace referencia al origen arábigo del vocablo.

**alheña** (2).—Prólogo II Parte. Cap. 14. “Y hechos alheña los huesos”.

La planta a que se hace referencia es más conocida hoy por el nombre de *aligustre*, *Ligustrum vulgare* (Oleáceas).

Los frutos contienen una sustancia colorante de tono amoratado; secos y triturados en finísimo polvo, se usan para teñir los tatuajes y sombrear los ojos femeninos; las dos citas se hacen como sinónimo de polvo.

**alhucema** (1).—Cap. 67. La cita no se refiere a la planta, sino al origen morisco del vocablo.

*Lavandula latifolia* (Labiadas).

**aliagas** (1).—Cap. 61. “les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas”.

Este nombre vulgar se aplica a diversas plantas espinosas; lo más probable en este caso es que corresponda a *Genista scorpius* o *Ulex parviflorus* (Leguminosas).

**amaranto** (2).—Caps. 20-58. “se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y rojo amaranto”.

- Amaranthus* (Quenopodiáceas); las inflorescencias de esta planta, de bello color granate, son muy decorativas.
- avellana* (7).—Caps. 10-13-41-42-51. "Tamaños como avellanas".  
Frutos de *Corylus avellana* (Betuláceas).  
Salvo en una ocasión, que alude al propio fruto, las demás son comparaciones referentes a tamaño.
- bellotas* (13).—Caps. XI-50-52-57-59-62. "Sancho, asimesmo, callaba y comía bellotas".  
En general, son los frutos de los árboles del gen. *Quercus* (Fagáceas); pero todas las citas se refieren a los de la encina, *Q. ilex*, que son comestibles.
- berengena* (1).—Cap. 14. "la nariz del escudero del Bosque... de demasiada grandeza... de color amoratado como una berengena".  
*Solanum melongena* (Solanáceas). Oriunda de la India; cultivada en España desde antiguo.
- bledo* (1).—Cap. 69. "Regostóse la vieja a los bledos..."  
*Blitum vulgare* (Quenopodiáceas), la cita es en sentido figurado.
- breva* (1).—Cap. 35. "que si no os ablandáis más que una breva madura".  
Fruto de la higuera, *Ficus carica* (Moráceas Artocarpoideas), correspondiente a la fructificación de principio de verano; luego hay otra más tardía, que son los higos.
- cabrahigo* (1).—Cap. 22. "llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha; pero llena de cambroneras y cabrahigos...".  
Higuera silvestre, *Ficus carica* (Morácea Artocarpoidea).
- calabaza* (2).—Cap. 66. "Aquí llevo una calabaza llena de lo caro".  
El fruto de la *Lagenaria vulgaris* (Cucurbitáceas) es la clásica calabaza de peregrino que una vez seca y vaciada de los restos de su pulpa y semillas, se usa como recipiente para líquidos; a ella se refiere la cita.
- cambronera* (1).—Cap. 22. "llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha; pero llena de cambroneras y cabrahigos".  
*Lycium vulgare* (Solanáceas). Mata espinosa de los setos y bordes de los caminos.
- cantueso* (1).—Cap. 5. "y aun todo esto fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses".  
*Lavandula stoechas* (Labiadas).  
Alude, en sentido figurado, a sus flores inconspicuas y sin importancia.
- caña* (11).—Caps. II-XL-12-13-41. "si el ventero no horadara una caña y puesto él un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino".  
*Arundo donax* (Gramíneas).

- Nunca se habla de la planta como tal, sino de las cañas como utensilios, o en sentido figurado, "las cañas se vuelven lanzas".
- castaños** (2).—Cap. XX. "vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que ellos eran castaños".  
*Castanea sativa* (Fagáceas).
- cebada** (10).—Caps. III- XII-XVIII-XXXV-XLVIII-13-25-50-53. "sembrad este año cebada, no trigo".  
*Hordeum vulgare* (Gramíneas).
- cebolla** (7).—Caps. X-43-47-49-59. "aquí trayo una cebolla y un poco de queso".  
*Allium cepa* (Liliáceas).  
Todas las citas se refieren al bulbo de esta planta como alimento.
- ciprés** (3).—Caps. XIII-21. "venía coronado, como se vio luego, con una corona de funesto ciprés".  
*Cupressus sempervirens* (Cupresáceas).  
Las tres citas se refieren a coronas ornamentales que llevan en sus cabezas los personajes.
- cotufas** (3).—Caps. XXX-3-20. "debe contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo".  
Sinónimo de *chufas*, *Cyperus esculentus* (Ciperáceas).
- chicoria** (1).—Cap. VIII. "tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria".  
Chicoria o achicoria, *Cichorium intybus* (Compuestas).
- dátil** (2).—Caps. 21-70. "alma de almirez, cuesco de dátil".  
Fruto de la palmera *Phoenix dactylifera* (Palmáceas).
- encina** (22).—Caps. IV-VIII-XI-XII-XXXI-8-10-12-34-53-60-67-70. "se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban".  
*Quercus ilex* (Fagáceas).
- enea** (1).—Cap. XVII. "la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar".  
*Typha latifolia* (Tifáceas).
- esparto** (3).—Caps. 36-54-70. "más enjutas y secas que un esparto".  
*Stipa tenacissima* (Gramíneas).  
Las tres citas son en sentido figurado.
- fresno** (1).—Cap. XXVIII. "vieron sentado al pie de un fresno a un mozo vestido como labrador".  
*Fraxinus angustifolia* (Oleáceas).
- garbanzos** (2).—Caps. XII-59. "en éste podéis sembrar garbanzos y no cebada". "están cocidas con sus cebollas, garbanzos y tocino".  
*Cicer arietinum* (Leguminosas).



*granada* (2).—Caps. IX-62. "se dividirían y fenderían de arriba abajo, y abrirían como una granada". "comía con tenedor las uvas y aun los granos de la granada".

Fruto del granado *Punica granatum* (Punicáceas).

*guindas* (1).—Cap. 35. "como quien dice: *bebe con guindas*".

Frutos del *Cerasus acida* (Rosácea Prunoidea).

*habas* (3).—Caps. XXXII-13-47. "en otras casas cuecen habas, y en la mía, a calderadas".

*Vicia faba* (Leguminosas).

Las tres citas son en sentido figurado.

*haya* (7).—Caps. XII-28-54-68-71-72. "No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas".

*Fagus silvatica* (Fagáceas).

Todas las citas se refieren al paisaje observado; con muy poca probabilidad de que tales árboles existieran en los lugares que se indican.

*higos* (2).—Caps. XLI-8. "de Orán, en la cual hay mucha contratación de higos pasos". "no se me dan un higo que digan de mí todo lo que quisieren".

Frutos de la higuera, *Ficus carica* (Moráceas Artocarpoideas).

Constituyen la segunda fructificación; la primera son las *brevas*.

*jarales* (1).—Cap. XXIII. "se emboscó corriendo por entre estos los jarales y malezas".

Formaciones de matorral del gen. *Cistus* (Cistáceas), muy abundantes en Sierra Morena.

*jazmines* (1).—Cap. 20. "traían guirnaldas de jazmines, rosas...".

*Jasminum grandiflorus* (Oleáceas Jasminoideas).

Alude, probablemente, a esta especie de jardín, aunque en la comarca a que se hace referencia exista espontáneo el jazmín montuno (*J. fruticans*).

*juncos* (2).—Caps. 20-58. "así la rompería, como si fueran de juncos marinos".

*Juncus maritimus* (Juncáceas).

*lampazos* (1).—Cap. XI. "sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra, entretejidas".

*Arctium lappa* (Compuestas), herbáceas de enormes y ásperas hojas, bastante frecuente en España.

*laureles* (3).—Caps. 22-49-58. "coronada con laureles y palmas de vencimiento". "palmas y lauros merecen". "guirnaldas de verde laurel".

*Laurus nobilis* (Lauráceas).

*lino* (20).—Caps. XXV-25. "estuviese ella rastrillando lino o trillando en las eras".

*Linum usitatissimum* (Lináceas).

- lirio** (2).—Caps. XXXI-44. "aquel lirio del campo" (Dulcinea).  
*Iris germanica* (Iridáceas).  
 Las dos citas son en sentido figurado.
- madreselva** (1).—Cap. 20. "traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaran-  
 to y madreselva".  
 Puede referirse a diversas especies del gen. *Lonicera* (Caprifoliá-  
 ceas). En el lugar a que hace referencia la cita, *L. periclymenum* y  
*L. etrusca* son las de existencia más probable.
- malvas** (1).—Cap. 4. "con los que nacieron en las malvas".  
*Malva rotundifolia* (Malváceas).
- manzana** (1).—Cap. X. "verásme quedar más sano que una manzana".  
 Fruto del *Pyrus malus* (Rosáceas Pomoideas).
- margarita** (1).—Cap. XXXIV. "congratulándose con él de la margarita  
 preciosa que había hallado con el desengaño".  
 Con este nombre vulgar, aquí aplicado en sentido figurado, se des-  
 ignan diversas Compuestas, del grupo Radiadas; *Bellis perennis* es la  
 más corriente y extendida.
- membrillo** (1).—Cap. 47. "y unas tajadicas sutiles de carne de membri-  
 llo que le asienten el estómago".  
 Fruto de *Cydonia vulgaris* (Rosáceas Pomoideas), con el que se  
 prepara el dulce a que alude la frase.
- mirto** (1).—Cap. 34. "cubriéndole con matas de romero y ramas de mir-  
 to le llevaron como señal de victoriosos despojos".  
*Myrtus communis* (Mirtáceas).
- mostaza** (2).—Caps. 41-42. "no era mayor que un grano de mostaza". "¿qué  
 grandeza es mandar en un grano de mostaza?".  
*Brassica nigra-Sinapis alba* (Crucíferas).  
 Desde remotísimos tiempos, es frecuente citar las simientes de estas  
 especies como simbolo de pequeñez.
- nabo** (2).—Caps. XXXV-49. "le ha tajado la cabeza cercén a cercén, como  
 si fuera un nabo". "acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina, a  
 nabos y a cebollas".  
*Brassica napus* (Crucíferas).
- naranjos** (2).—Caps. XXXII-8. "se está la otra señora debajo de unos  
 naranjos abrazada con su caballero". "hechura de una media naranja".  
*Citrus aurantium* (Rutáceas).
- nísperos** (1).—Cap. 59. "ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos  
 hartamos de bellotas o de nisperos".  
 No es probable que esta cita aluda a los verdaderos nisperos, *Mes-  
 pilus germanica* = nispero del país, ni a *Eriobotrya japonica* = nispero  
 del Japón. Sospechamos se haga referencia a alguna otra Rosácea Po-  
 moidea, afín a las citadas, con frutos comestibles y abundante en  
 España, quizá al espino majuelo *Crataegus monogyna*.

**nueces** (3).—Caps. 13-54-62. "con un puñado de bellotas o de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días".

Las tres citas aluden al fruto comestible del nogal *Juglans regia* (Juglandáceas).

**oliva** (2).—Cap. VI. "Esa oliva se haga luego rajas y se queme".

*Olea europaea* (Oleáceas).

**olmo** (5).—Caps. XXII-20-28-40-52. "don Quijote se acomodó al pie de un olmo". "es pedir peras al olmo".

*Ulmus campestris* (Ulmáceas).

También corresponden a este árbol algunas de las citas que se hacen del álamo.

**orégano** (1).—Cap. 36. "no querría que orégano fuese".

Se alude, en sentido figurado, al *Origanum vulgare* (Labiadas).

**palma** (9).—Caps. VI-7-20-21-22-24-49-67-69. "y no lo comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles".

*Phoenix dactylifera* (Palmáceas).

Todas las citas son en sentido figurado o como símbolo de victoria o méritos; también se alude a vestidos de hojas de palma.

**palmito** (1).—Cap. 5. "que yo os lo vestiré como un palmito".

Esta cita, también en sentido figurado, alude al verdadero palmito *Chamaerops humilis* (Palmáceas), cuyos tallos están vestidos por las numerosas vainas de sus hojas.

**pasas** (1).—Cap. IX. "Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo".

Alude a uvas pasas o frutos pasados de *Vitis vinifera* (Ampelidáceas).

**peras** (6).—Caps. XXII-40-43-52-67. "pedir peras al olmo". "como entre peras podremos escoger sus nombres".

Frutos del peral, *Pyrus communis* (Rosáceas Pomoideas).

Todas las citas son en sentido figurado.

**pinos** (1).—Cap. XV. "me santiguaron los hombros con sus pinos".

Se usa esta palabra en sentido figurado, significando *estacas*. En toda la obra no hay mención alguna referente a pinares ni a especie alguna del gen. *Pinus* (Pináceas).

**piruétano** (1).—"que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas ni a piruétanos".

Se refiere a los frutos del peral silvestre, *Pyrus communis* (Rosáceas Pomoideas), frecuente en diversos puntos de España, especialmente en Sierra Morena.

**retamas** (2).—Cap. XXV. "acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho en trecho".

Son bastantes las matas, de las Leguminosas de la tribu *Genistae*, a las que se aplica el nombre vulgar de retama; lo más probable es que aquí se haga referencia al *Sarothamnus scoparius* o a la *Retama sphaerocarpa*.

**roble** (1).—Cap. VIII. “de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco”.

Por el lugar a que se refiere la cita, no puede ser alusión a los verdaderos robles, *Quercus pedunculata* y *Q. sessiliflora*; pero, en todo el Centro y Sur de España es corriente llamar robles a los rebollos, *Q. pyrenaica*, y quejigos, *Q. lusitanica*, a uno de los cuales debe asignarse esta cita. Todos ellos son de la fam. *Fagáceas*.

**romero** (4).—Caps. XI-XVII-34. “y tomando unas hojas de romero, de mucho que por allí había”.

*Rosmarinus officinalis* (Labiadas).

**rosas** (5).—Caps. XIII-XXXI-XXXIII-20-67. “sus mejillas rosas, sus labios corales”. “un hermoso jardín lleno de flores y rosas”.

Casi siempre en sentido figurado, se alude a las flores del gen. *Rosa* (Rosáceas Rosoideas).

**ruibarbo** (1).—Cap. VI. “tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya”.

*Rheum officinale* (Poligonáceas).

**saucos** (3).—Caps. 14-29-67. “los saucos destilaban maná sabroso”. “sombra los saucos, olor las rosas”.

Se alude, en general, a las especies del gen. *Salix* (Salicáceas).

**tagarninas** (1).—Cap. 13. “que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas ni a piruétanos”.

*Scolymus hispanicus* (Compuestas).

Los nervios medios de las hojas basilares de este cardo se comen como verdura del cocido; en Castilla se les llama también *cardillos*.

**tártagos** (1).—Cap. 11. “eran para él tártagos y sustos de muerte”.

*Euphorbia lathyris* (Euforbiáceas).

Las simientes de esta planta son vomitivas y purgantes; se usaban mucho en el siglo XVI; la frase alude a las angustias que pasaban los que tomaban tal purgante.

**tejo** (1).—Cap. XIII. “coronadas con guirnaldas, que a lo que después pareció, eran cual de tejo, cual de ciprés”.

*Taxus baccata* (Taxáceas).

**tomillos** (1).—Cap. 20. “un olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos”.

La alusión es general a las especies del gen. *Thymus* (Labiadas).

*rigo* (19).—Caps. IV-V-IX-XII-XXXI-8-29-32-33. "ya tengo dicho que aquel trigo, ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales".

*Triticum sativum* (Gramíneas).

*uva* (3).—Caps. XLV-51-62. "cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas".

Fruto de la vid, *Vitis vinifera* (Ampelidáceas).

*yedra* (2).—Caps. XI-41. "vestidos todos de verde yedra".

*Hedera helix* (Araliáceas). Hoy se escribe *hiedra*.

Las dos citas se refieren a vestidura vegetal.

*zarzas* (3).—Caps. L-22-45. "un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba".

Se alude, en general, a las diversas especies del gen. *Rubus* (Rosáceas Rosoideas).

*zanahorias* (1).—Cap. 55. "como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices".

Raíces napiformes, comestibles, de *Daucus carota* (Umbelíferas).

... (1) ... (2) ... (3) ... (4) ... (5) ... (6) ... (7) ... (8) ... (9) ... (10) ... (11) ... (12) ... (13) ... (14) ... (15) ... (16) ... (17) ... (18) ... (19) ... (20) ... (21) ... (22) ... (23) ... (24) ... (25) ... (26) ... (27) ... (28) ... (29) ... (30) ... (31) ... (32) ... (33) ... (34) ... (35) ... (36) ... (37) ... (38) ... (39) ... (40) ... (41) ... (42) ... (43) ... (44) ... (45) ... (46) ... (47) ... (48) ... (49) ... (50) ... (51) ... (52) ... (53) ... (54) ... (55) ... (56) ... (57) ... (58) ... (59) ... (60) ... (61) ... (62) ... (63) ... (64) ... (65) ... (66) ... (67) ... (68) ... (69) ... (70) ... (71) ... (72) ... (73) ... (74) ... (75) ... (76) ... (77) ... (78) ... (79) ... (80) ... (81) ... (82) ... (83) ... (84) ... (85) ... (86) ... (87) ... (88) ... (89) ... (90) ... (91) ... (92) ... (93) ... (94) ... (95) ... (96) ... (97) ... (98) ... (99) ... (100) ...

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL

Excmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ  
CANTON



DISCURSO DE CONTESTACION

DEL

Excmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER SANCHEZ

CANTON



SEÑORES ACADÉMICOS:

No menos que por decimocuarta vez me alcanza el honor de dar la bienvenida en nombre de una de las tres Reales Academias dieciochistas a un nuevo numerario, privilegio que no sé si alguno ha disfrutado hasta hoy y que nunca osaría pretender, no sólo por mis escasos méritos, sino por ser poco dado al encomio. Para mayor confusión mía la ya larga lista registra nombres de maestros, amigos y compañeros de claustro universitario, pero hasta hoy no contaba con el de persona alejada por su profesión y sus estudios de los que he seguido. Júzguese, pues, de la dificultad considerable en que estoy para el desempeño de la intervención que se me ha encomendado.

Sin embargo, he de confesar que la acepté gustoso. Mediaron para ello un motivo de cierta consideración y dos leves, que no dejaron de hacerme fuerza; empezaré por éstos:

El Excmo. Sr. D. Luis Ceballos y Fernández de Córdoba, que viene a ser nuestro compañero, es nieto del conde de Gondomar, descendiente de aquel insigne varón gallego del tiempo de los Felipes, diplomático excepcional y escritor esclarecido, que hube de biografíar en mi discurso de entrada en la Real Academia de la Historia y paréceme que guardo como fidelidad a su recuerdo al recibir en esta Casa a uno de su estirpe, continuada por don Lope, el primogénito.

El segundo motivo estriba en que el tema, cuyo desarrollo acaba de deleitaros, me trae a la memoria el primer artículo que publiqué en un periódico local, hace sólo cincuenta y cinco años (1), titulado *De Cervantes dijeron...*, en el que se recogen referencias de las múltiples especialidades, desde la Teología a la cocina, atribuídas por los cervantólatras del siglo XIX a quien hoy admiramos, nada más, pero también nada menos, como máximo genio literario de nuestra lengua.

Por encima de estos pretextos, o disculpas, explica mi designación la iniciativa de que la vacante del que fue nuestro respetado y querido Secretario, el ilustre lexicógrafo D. Julio Caesares, fuese provista por un especializado en las Ciencias Naturales, pues su necesidad en la elaboración del Diccionario, nuestra tarea absorbente, se comprobaba desde la muerte de D. Emilio Fernández Galiano, de la que se han cumplido ya doce años.

La Academia, siguiendo en esto el proceder de la francesa, ha puesto al lado de los literatos, de los eruditos y de los gramáticos figuras de las diversas ramas del saber cuya colaboración se hace imprescindible para definir los vocablos nuevos y actualizar los viejos, incorporando los avances científicos. Y que esta línea de conducta no es de ayer lo demuestran ejemplos muy notorios.

Sin salir del campo de las Ciencias biológicas la Academia llamó a su seno a Cajal —si bien, electo durante treinta años, no llegase a tomar posesión—, a los doctores D. Amalio Gimeno, D. Carlos María Cortezo y D. Gregorio Marañón; al catedrático de la Facultad de Farmacia D. José Rodríguez Carracido, y entre los naturalistas, que en la presente circunstancia más nos interesan, la medalla de D. Emilio Fernández Galiano la había ostentado D. Ignacio Bolívar, y por ser doctos en las mismas ciencias vinieron a esta Casa D. Miguel Colmeiro y D. Daniel de Cortázar; ya en el siglo de su fundación había recurrido al primer profesor del Jardín Botánico madrileño, D. Casimiro Gómez Ortega, nombrado Académico supernumerario.

Todavía en sus trabajos preparatorios el jesuíta P. Bartolomé Alcázar fue encargado de sacar las cédulas para el *Dicciona-*

---

(1) "Progreso". Pontevedra, 15 de diciembre de 1910.

rio de los nombres contenidos en la traducción por el doctor Laguna del *Dioscórides*, y, poco después, el primer Secretario, D. Vincencio Squarzafigo, recibió el mismo encargo respecto a la *Historia natural y moral de las Indias* del P. Acosta.

Sale fuera del campo de nuestro actual punto de mira mencionar los físicos, los matemáticos, los marinos, los arqueólogos, los juristas, los filósofos, los escriturarios que la Academia llamó, con amplitud de criterio indispensable para el logro de su Diccionario, echándose menos la monografía esclarecedora del funcionamiento de nuestro Cuerpo literario como organismo donde colaboraron y colaboran muy varios especialistas, pues en casos se ha manifestado extrañeza ante la elección de quien no era literato, o filólogo.

Llega D. Luis Ceballos y Fernández de Córdoba a servir a la Academia en el sector que le es propio, además de en cuantos cometidos sus dotes relevantes fueren solicitadas.

Nació en El Escorial y, habiendo estudiado en su Real Colegio de Alfonso XII, de los Agustinos, el Bachillerato, ingresó en 1914 en la Escuela Especial de Ingenieros de Montes que en la misma localidad tenía su asiento. Salió de ella, terminada la carrera, la misma de su padre, en 1920.

Sobre esta preparación fundamental sucesivos destinos fueron encaminando su especialización. Cuando no había cumplido un año de trabajo en la Empresa de Estudios y Proyectos de Ingeniería de Figols-García Faria fue movilizado, permaneciendo en Africa desde septiembre de 1921 hasta junio siguiente. El cuatrienio 1924-1928 estuvo al servicio de la Unión Resinera Española, y los tres que se continuaron fue el Ingeniero encargado de la sección de Flora y Mapa forestal del Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, antecedentes que, no es preciso recalcarlo, contribuyeron en mucho al dominio de las materias explicadas, a partir de enero de 1940, con los nombres de "Botánica" y "Geografía Botánica" en la denominada ahora Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes. Como veis, un camino profesional recto y llano, al menos, contemplado desde fuera de sus orillas.

Tal labor ha sido premiada con distinciones dentro de su Cuerpo: Consejero del Patrimonio Forestal del Estado entre 1940 y 1945, pasó a consejero del Consejo Superior de Mon-

tes en 1961, siendo, actualmente, Presidente de Sección en el mismo.

En diciembre de 1945, tal día como hoy, entró en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales tratando en su discurso de *Los matorrales españoles y su significación*. Pertenece desde 1957 a la mesa del Instituto de España con el cargo de Vicepresidente Primero.

El 18 de julio de 1959 le fue concedida la Gran Cruz del Mérito Agrícola, y el 1 de abril de 1964, la Gran Cruz de Alfonso X "el Sabio".

El brillante y continuado "cursus honorum" de D. Luis Ceballos y Fernández de Córdoba se enriquece hoy con los esmaltes de nuestra preciada medalla.

Por más que sus publicaciones sean eminentemente técnicas comprendiendo su relación veintisiete títulos, varios suenan como sugestivos para el lego en Botánica por vincularse con algo, como el paisaje, tan arraigado en la sensibilidad del hombre moderno. Citaré cuatro ejemplos: *Síntesis de los aspectos de la vegetación en los montes españoles* (1944), *La reconstrucción de nuestras selvas* (1945), *La Fitosociología como auxiliar de la técnica forestal* (1948), *Pasado y presente del bosque en la Región Mediterránea* (1959). Dejo sin referencia escritos de mayor entidad, por su carácter más distante de la comprensión general.

En todos los estudios de nuestro nuevo compañero están patentes su escrúpulo científico y la claridad y sencillez en la forma, cualidades que resplandecen en el discurso que acabáis de escuchar, para el que ha encontrado un tema en esta Casa tan atractivo cual es siempre un aspecto de Cervantes, estudiado siguiendo normas que nada tienen que ver con aquéllas, tentadoras de la risa, aludidas en mi articulejo estudiantil, que procuraban adornar al autor del Quijote con casi todas las flores del saber, que su vida azacaneada no le consintió cultivar. El trabajo, minucioso y puntual, contribuirá al más íntimo conocimiento cervantino, además de suministrar en el apéndice un índice de los pasajes del *Quijote* con referencias de vegetales aprovechables por otros estudiosos.

El valor del discurso crece al considerar las deducciones que se desprenden de notas tan curiosas como la de que no mencione Cervantes los pinares que tuvo que atravesar la inmortal

pareja de Caballero y Escudero para pasar de la Mancha hasta la orillas del Ebro, al encaminarse a ellas por tierras de Cuenca, Guadalajara, o Teruel. Minucias cual ésta servirán para ahondar en texto en el que los hispanohablantes ningún pormenor pueden considerar desdeñable.

Rasgo importante es el que subraya el señor Ceballos al señalar que la visión del paisaje cervantino tiene más de literaria que de realismo descriptivo, nota puntualizadora de interés notorio.

Pero hacer resaltar datos y observaciones que lo merecen fuera repetir muchos párrafos; bastan para muestras las dos referidas.

Mas no he de prescindir de la que señala cómo Cervantes no cita ninguno de los vegetales traídos de las Indias de Occidente, cuyos nombres y cualidades se leen en los escritores del tiempo, no sólo en los botánicos. Supone, razonablemente, que por lo menos los pimientos habría de conocerlos, pues hasta se ven en pinturas casi de sus mismos días. El silencio de Cervantes es tanto más de extrañar por cuanto, según es sabido, en 21 de mayo de 1590, alegando sus servicios militares, pide al Presidente del Consejo de Indias "sea servido hacerle merced de un oficio... de los tres o cuatro que al presente están vacos: que es el uno la Contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o Corregidor de la ciudad de la Paz"; relación que demuestra estaba al tanto de los asuntos americanos. El presidente, al decretar al margen del memorial, en Madrid el 6 de junio, "Busque por acá en que se le haga merced", acaso, como ya se ha dicho, contribuyó para que se escribiese el *Quijote*.

Con los muy variados puntos de vista que la lectura del discurso del señor Ceballos y Fernández de Córdoba nos depara se acreditan su sentido literario y su buen gusto, sobre su preparación científica de la que tanto espera la Academia.

Una de sus empresas, cada día más acuciante, es la de la decisión respecto de los neologismos que aportan los adelantos de la Ciencia y de la Técnica.

Nuestro *Diccionario* es de la lengua usual o vulgar, no enciclopédico, y tanto al aceptar vocablos como para definirlos, debe

atender a tal carácter peculiar. No se ha mantenido éste inmutable, sino que se ha ido adaptando a la mudanza de los tiempos. Resulta, al caso, aleccionador lo que se previene en la edición publicada en 1837, cuando la Academia no se juzgaba autorizada para dar lugar a los nombres que pertenecen menos al caudal de los idiomas vulgares que al lenguaje técnico, conducta que seguía defendiendo en la edición de 1843, preguntando algo que en nuestros días hace sonreír: "Quién no se burlaría —dice— de que en semejantes escritos (no técnicos) sacase a colación el *coccix* o las *vértebras cervicales*; los *catetos*... o bien el *tallo de las monocotiledóneas*?...". Aunque, prudentemente, prevenga: "Tal vez llegará tiempo en que se hagan familiares y el uso común las prohije; entonces tendrán derecho a entrar en el *Diccionario* y podrá cualquiera servirse de ellos en la conversación y en sus escritos sin nota de afectación o pedantería". En 1869, aun abriendo un poco la mano, se mantiene firme en su decisión "de no sancionar más palabras nuevas que las indispensables, de recta formación, o incorporadas al castellano por el uso de las personas doctas". Amplió, todavía, su criterio sobre los neologismos científicos en 1884, añadiendo, sin embargo, esta severa advertencia: "La Academia no puede sancionar el uso ilegítimo, sino cediendo a fuerza mayor".

La preocupación de la Academia por los neologismos la llevó a proyectar en 1859 un Diccionario especial de ellos, respecto del que informó D. Angel María Segovia. Lo que hace más de un siglo planteaba problemas difíciles, calcúlese la gravedad que presenta actualmente. Por no cansaros eludo la relación de los discursos de recepción acerca de este tema, desde el del médico barcelonés D. Pedro Felipe Monlau, de 1863, hasta el reciente del insigne ingeniero y catedrático de la Universidad de Madrid D. Esteban Terradas, en 1946.

Es mucho lo que en este campo ha trabajado la Academia, pero más lo que tendrá que realizar, porque es ardua la misión de escoger y definir los vocablos extraños a nuestra lengua con que el torrente de los medios actuales de difusión anega los ojos y los oídos.

Por cuanto queda indicado y sugerido se comprenderá la trascendencia del papel que nuestro nuevo compañero viene a tomar en las tareas de la Academia, que espera de su competencia y de su actividad muy fructuosa colaboración.

